

Una muestra interrumpida

Mery Sales

La serie que culmina la muestra es un salto al vacío o, lo que es lo mismo, un final con puntos suspensivos que deja en el aire el desenlace último. Un respiro necesario que permite escuchar de nuevo su eco. *48 Parias conscientes* prefiere retomar las cuestiones lanzadas antes de cerrar una conclusión posible, ni siquiera la que le correspondería en estas páginas finales o en la última pared en la sala que la acoge.

La última pieza sin conclusión apuntaría además hacia otro comienzo. El políptico presenta once retratos que irán encadenándose en lo sucesivo a muchos más, según se anuncia en el título. La secuencia inacabada es, así mismo, una cita visual y conceptual a la famosa obra *48 Retratos* del pintor alemán Gerhard Richter, cuya intención es reorientar la memoria común que mejor nos pudiera representar ahora, en complemento a la historia oficial. En palabras de Álvaro de los Ángeles, sería «una (r)evolución de los *48 Retratos*»¹. En este sentido, este primer grupo de seres sin nombre conforma la primera etapa de lo que será un retrato alternativo de *los saberes universales de nuestra cultura europea* cuya motivación seguirá siendo desvelar lo negado, repensar lo aprendido y rescatar la confianza leve, aunque indispensable, en nuestra sociedad.

Para ello es necesario ofrecer, aunque sea inacabada, o precisamente, una imagen testimonial de esa dimensión del saber no ilustrado que, aunque no ocupa lugar en las enciclopedias, sigue siendo esencial. Los once anónimos visten un mono rojo, paradigma del color que, además de ropa de trabajo, es la trama de mi pintura. El rojo oscuro, quebrado o saturado plantea siempre, en todos mis cuadros, un hilo conductor, una llamada de atención hacia lo desapercibido o la pulsión vital que nos mueve a dar un vuelco decisivo en un momento dado. Este color enlaza el valor del esfuerzo cotidiano con esa red imaginaria de apoyo mutuo donde

1. Puede leerse la reflexión completa en el texto «Pintura consciente» de Álvaro de los Ángeles, incluida en este mismo libro, p. 141.

las distintas miradas, unas entre otras, dan la cara y nos interpelan ante la urgencia de observar el presente desde la vida misma. La serie en proceso, puesta en contexto con el resto de cuadros de exposiciones anteriores que recorre la muestra, simboliza la expresión del pensar encarnado que va haciéndose conforme aparece, como alternativa ante los estados de alarma que hoy nos paralizan e impiden que imaginemos otra vida mejor.

Mi pintura en los últimos años me ha ido llevando por sus afueras. Desde la periferia he descubierto otras miras, en sintonía con espacios anteriormente negados o ignorados y que, en su mayoría, llevan nombre de mujer. Hay multitud de rasgos coincidentes desde otros campos y sería muy largo siquiera resumirlos, pero sí conviene destacar sobre todos los demás el pensamiento filosófico de las tres protagonistas que convoco en este proyecto por coincidir con ese carácter de intermitencia y ruptura. Esta circunstancia marcó el pensamiento del siglo XX partiéndolo por la mitad y propiciando una honda reflexión en medio de temores y derivas, y ellas pertenecen a ese periodo. Los trazos de voz elegidos se salieron de los parámetros de entonces y todavía hoy siguen buscando un espacio legítimo de comprensión. Las tres salieron de los límites rígidos de su época, entre otras cosas, porque ser filósofa era algo totalmente impensable —como hoy en día se reconoce— y por un arriesgado proceder que precisamente tiene mucho de desbordamiento.

Por un lado, María Zambrano sufrió en su propia carne una profunda brecha, como exiliada española y como intelectual, al encontrarse fuera de lugar, sin un espacio donde poder encontrar el retorno adecuado. Desde ese afuera de todo, y también de sí misma, desarrolla un modo nuevo de pensamiento que va haciéndose a medida que va abriéndose paso, dando a ver y, más allá, despejando el horizonte hacia otra forma de existencia íntima; un renacer desde la emancipación y la reconciliación, en todos los sentidos. El desgarrar surge cuando la vida se separa de la realidad a la que ya no pertenece y es ese mismo desamparo el camino hacia un despertar a la conciencia entrañada donde la persona reaparece toda entera. En su caso, pensar y sentir la vida es lo mismo, un discernimiento que convierte cada acto en destello, en acción creadora y, al tiempo, en algo testimonial de todo lo contrario, de la violencia y el abuso de autoridad que se da cuando el discurso impone sus límites y se atrinchera ante todo lo que escapa de lo concreto, visible y demostrable, y aún peor, lo emplea como excusa

para no reconocer sus fallos. De alguna manera, ella desvela un modo hacia un saber intangible, sin título ni autoría, que se da sin forzarse. Siguiendo el hilo de su voz, «lo invisible, si se percibe, es porque ello nos visita»². Zambrano, «filósofa de oído» —como ella decía de sí misma—, escucha y entona el sonido de lo vivo dedicando especial atención a los demás seres sufrientes. Y la serie recién iniciada nos invita a escuchar lo silenciado donde otra verdad puede acontecer: será desde su estado latente desde donde se tomará verdadera conciencia de la herida.

Por otra parte, Hannah Arendt, otro ser sin traje a medida, es esencial en la muestra.³ Ni nación, religión, partido o corriente ideológica lograron definirla; después de mucho insistir unos y otras, ella misma asumió su condición de apátrida o *satélite* de la propia filosofía, únicamente leal al pensamiento independiente y a sus amistades. Desde esta posición, igualmente marginal, se reconcilia con el mundo tratando de comprender cualquier posición, por infame que fuera, sin justificar lo que no puede nunca ser justificado. Arendt incidía sobre aquello que podía pasar desapercibido como un hallazgo que rompe el continuo fluir del acontecimiento de la muerte y que irrumpe con lo nuevo e imprevisible. «El lapsus de la vida hacia la muerte —escribe— llevaría inevitablemente a todo lo humano a la ruina y a la destrucción si no fuera por la facultad de interrumpirlo y comenzar algo nuevo, facultad que es inherente a la acción, a la manera de recordatorio siempre presente de que los hombres, aunque tienen que morir, no han nacido para eso sino para comenzar.»⁴ La experiencia del pensamiento interrumpido se da en multitud de ocasiones por las propias turbulencias de su tiempo, ocasionando un modo de discernir insumiso, intermitente, con grandes dosis de ironía y *sin barandillas*, muchas veces incongruente y constantemente cuestionado por todos y sobre todo por ella misma. Quizá por ello se percibe todavía su latido en las nuevas generaciones con otras experiencias personales, sociales y políticas, y sus lagunas son, en esencia, al igual que en Zambrano, fuente de inspiración constante.

2. Zambrano, María, *Algunos lugares de la pintura*. Madrid: Acanto, 1989, p. 76.

3. Precisamente el concepto «paria consciente», que da nombre al título de la serie referida, parte de la pensadora. Ella se consideraba a sí misma una «paria consciente» y lo asumía con orgullo, porque le daba independencia crítica, aunque le excluyera de los derechos de que dispone la ciudadanía por su pertenencia al grupo.

4. Arendt, Hannah, *La condición humana*, trad. de Ramón Gil Novales. Barcelona: Paidós, 1993, p. 205.

Desde la consideración de lo indecible y de la excentricidad, como señal luminosa hacia donde se hace necesario apuntar, la tercera rara: Simone Weil, *la irregular*⁵ y, añadiría, desbordante, es insustituible. Su forma de vivir, pensar y sentir es de una intensidad que en muchos casos produce zozobra y nos deja sin aliento, como si condensara el sufrimiento de muchas vidas en una y en cada una la del mundo entero, aunque paradójicamente hablemos de una existencia truncada por una muerte prematura. Sin embargo, la belleza que surge del sufrimiento más insoportable supone su mejor legado si lo vemos como ejemplo de responsabilidad radical con los vencidos, comprometiéndose desde la palabra a la acción y viceversa, como consecuencia coherente entre pensamiento y vida, en múltiples ocasiones de extremada urgencia. «Nuestra debilidad puede impedirnos vencer, pero no comprender la fuerza que nos aplasta. Nada en el mundo puede prohibirnos ser lúcidos.»⁶ Sus experiencias fueron transformando su discurso crítico, siendo más exigente con los más próximos. Y es fácil suponer que muchos de sus pensamientos lanzados al aire, con tiempo y en otro contexto menos desgraciado, hubieran tomado otras derivas. En ella, como en las demás, el deseo de llegar a la verdad está por encima de la verdad misma y de su dominación. «El peligro no es que el alma dude de si hay o no pan, sino que se deje persuadir por la mentira de que no tiene hambre. No es posible persuadirla sino por una mentira, pues la realidad de su hambre no es una creencia sino una certeza.»⁷ El valor está en su atención vigilante para saber distinguir, como apunta Manuel Arranz: «Escribe sobre la mentira de las verdades inmutables, y escribe sobre la verdad de las mentiras (el arte, la literatura). La política, la fuerza, los derechos y las obligaciones, el trabajo manual, la gracia, la desgracia, el amor, la verdad, la justicia, el bien, la libertad, la belleza, sobre todo esto pensó y escribió Simone Weil a lo largo de su corta vida, es decir, sobre “las cosas de aquí abajo”.»⁸

La experiencia de estas tres mujeres, que supieron hacer del descalabro una vida digna, es además ejemplar y el fruto de

5. *Simone Weil, la irregular* es el título del documental de Florence Mauro dedicado a la vida de la pensadora.

6. Bea, Emilia, *Simone Weil. La memoria de los oprimidos*. Madrid: Encuentro, 1992, p. 103.

7. Weil, Simone: *A la espera de Dios*, trad. María Tabuyo y Agustín López. Madrid: Trotta, 2009, pp. 127-128.

8. Arranz, Manuel, «Simone Weil o el amor a la verdad», en *Claves de razón práctica*, nº 251. Madrid, 2017, p. 180.

su pensamiento es adecuado más que nunca en tiempos abruptos. Las tres asumen el compromiso de reconstruir mundo desde las ruinas. Después del escombros, está todo por hacer. En ellas he buscado aprender desde la excepción, precisamente porque su pensar a trompicones tiene algo inigualable, nos conduce a caminos nuevos y anima a aventurarnos a otras formas de estar con la propia intermitencia de los demás. Estudiarlas, en un principio, brota de una necesidad íntima intransferible, pero el potencial transformador de su pensamiento me impulsa a transcribirlo, a mi manera, desde la pintura, buscando más allá de ella. «¿Y qué relación podemos establecer entre los distintos ámbitos de la experiencia, entre la teoría y la práctica, y entre el pensamiento y la vida?, cabe preguntarse.»⁹ La vigencia en la confluencia de su pensar es una de las posibles claves, al sobrepasar continuamente todo marco: condición, circunstancias, tiempo y la propia disciplina a la que en principio pertenecen sus ideas conecta con otras ramas del saber y orienta hacia los cambios de paradigma social. Ellas desvelan muchos de los cabos sueltos del pensamiento del siglo pasado y nos mueven a las preguntas más comprometidas que podemos hacernos hoy en día, como así lo expresa Amparo Zacarés: «En realidad, estas filósofas tienen mucho que decirnos en este momento histórico preciso por el que estamos pasando. Ellas mismas vivieron en primera persona los horrores y las consecuencias de una contienda sangrienta a nivel civil y mundial. Y aun con los matices que las diferencian, puede decirse que las tres aspiraron a una ética que nos ayudase a ser personas, apelando a la responsabilidad no como un imperativo moral íntimo y subjetivo sino como un concepto político que solo puede entenderse en el ámbito de lo público.»¹⁰ De algún modo, con ellas se puede enlazar un periodo con otro, deshaciendo nudos pasados y atando nuevos hilos a la trama colectiva del presente. El panorama que estamos viviendo actualmente y que marcará sin duda nuestro siglo como el siglo de la pandemia del Covid-19, obliga a un esfuerzo mayor de atención fuera sus márgenes, todo un desafío para orientar la mirada más allá de lo que tenemos delante. Una muestra local, que se ve interrumpida por este preciso acontecimiento de orden mundial, permite asomarse al abismo

9. Garcés, Marina, *Filosofía inacabada*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015, p. 88.

10. Zacarés, Amparo, «Recoger el guante», en *Diario Levante-EMV*, 27 de abril de 2020. Disponible en: <https://www.levante-emv.com/opinion/2020/04/26/recoger-guante/2005354.html>.

con mayor motivo, más allá de nuestras inquietudes y de nuestras fronteras temporales, físicas y mentales para sentir el misterio en su inmensidad.

Seres fuera de campo, como ya mencionaba al principio, asume la interrupción y el cambio de perspectiva como rasgo necesario que nos permite parar y mirar. En este caso, mirar y mirarnos en el rostro anónimo de quienes a su vez nos miran e interpelan desde dentro del cuerpo de la pintura. Aceptar el cambio brusco de punto de vista es estar en disposición de formularse a cada tanto la gran pregunta: y nosotros, ¿qué pintamos en este mundo? Del mismo modo, asomarse al vacío del lienzo en blanco es preguntarse sobre qué podríamos pintar para mejorar lo que hay.

La confianza tras los escombros habita en la última serie.

«Lo que rescata siempre amanece por una grieta, por esa fisura brota la vida, la sumergida vida, la ausente; aquella que se siente al ver la pobreza acompañada de humanidad; la pobreza en los fosos de nuestro mundo, como si lo esencial del ser humano se revelara en sus carencias...»¹¹ La responsabilidad, en lo sucesivo, será ir mostrando progresivamente la convicción de que los verdaderos cambios políticos los hacen la gente corriente cuando se compromete. Esta secuencia de retratos se entrega a ello, y a saber caracterizar a quienes deben aparecer en representación de esta idea. Una inmensidad humana que nos lleva al principio de la exposición, a la visión del mundo desde la intemperie, renovando la idea arendtiana de *amor mundi*¹² y de lo que supone tratar de ponerse en la piel del otro para comprender la interdependencia de la vida de nosotros y nosotras: primera persona del plural, que se refiere a cada cual en lugar del yo. Cada cual con el otro desde sus márgenes. Fieles al arraigo con quienes sufrieron y asumieron antes el desafío, podemos mantener encendido el deseo de hacernos más conscientes de que nos necesitamos porque nos reconocemos vulnerables, siendo esto precisamente lo que nos hace más resistentes.

11. Piñas, M^a del Carmen, *La esperanza habitada. Filosofía antigua y conciencia hermética*. Murcia: MIAS-Latina, 2014, p. 157.

12. El concepto de *amor mundi* pertenece a Hannah Arendt. Ella distingue un tipo de amor altruista que se compromete con el espacio común indefinido que existe entre las personas que se aman. Se refiere al espacio político donde otros actores están presentes y que también debe ser cuidado. Desde ese afecto existencial es posible la reconciliación con el mundo en su pluralidad. Es decir, es necesario tratar de entender los conflictos desde distintas perspectivas para poder reorientar la acción hacia la comprensión reparadora del daño. Esta idea es totalmente extrapolable al pensamiento de María Zambrano y de Simone Weil, expresado de otras maneras. El cuadro que ilustraría esta idea es *Piel con piel*.

El drama conduce a la trama y cada ruptura abre el destino dado. Espero que esta muestra ofrezca también la posibilidad de ver la pintura como una apertura; más que como trabajo individual que permanece colgado, como un *cuero* afectivo que se deja penetrar y transformar. Atuendo accesible a cualquiera que se sienta parte del mismo mundo malherido frente a todo tipo de amenazas que nos distancian de su belleza, con la consigna insistente de su final perpetuo.

Una mirada que recorre de soslayo la serie nos da mejor la idea del conjunto, nos permite ver cada retrato en relación con el resto. La línea discontinua de expresiones que se suceden nos ayuda a percibir la unidad en la pluralidad, con sus semejanzas y sus diferencias. Un mismo tono grave mantiene estables sus constantes vitales. En muchos, con una atmósfera de tristeza como común denominador en el ánimo de la conciencia colectiva. El valor de la vida es luchar cada día y las personas honestas no dejan de hacerlo nunca.¹³ La pintura transforma el motivo en imagen de tal manera que la idea que importa se reactiva, pero desde el momento en que aparece, hay algo indecible que va apagándose lentamente.

El último lienzo, sin embargo, vuelve a sorprender con un salto. La risa en movimiento, «una herida en el corazón de lo serio»¹⁴, será la excepción al clima anterior abriendo de nuevo la lógica a lo inesperado. Los dos últimos cuadros, la doble cara de la misma persona, son en sí mismos otra reticencia a la norma. Al mirarla mirar, desdoblada en contradictoria *gravedad y gracia*¹⁵, se produce un cambio de sentido que nos hace volver a revisar lo que creíamos que habíamos visto y comprendido en el resto de los retratos. Un rostro no se deja atrapar nunca y menos de una única manera en relación a muchos más, iguales y distintos a la vez. La vida no puede fijarse congelada en el tiempo ni separada de todo. A lo que podemos aspirar es a ver parte e imaginar más allá. No es su identidad específica lo que más importa, sino el

13. Hannah Arendt distinguía a las personas en honestas y deshonestas, por encima de cualquier ideología.

14. Peñalver, Luis, *De soslayo. Una mirada sobre los bufones de Velázquez*. Madrid: Letra redonda, 2005, p. 104.

15. Cabe señalar que estos dos conceptos aparecen como título que dio lugar a la primera antología de la obra de Simone Weil. En ella se reúnen apuntes, reflexiones e ideas sueltas que fueron apareciendo en la revista *Cahiers* y que confrontan estas dos ideas. No obstante, este libro fue publicado en 1947, cuatro años después de la muerte de la escritora, por Gustave Thibon. Puede considerarse por lo tanto un testimonio si cabe más interesante por su carácter inacabado, por esta circunstancia y por el propio estilo fragmentario de su escritura.

conjunto de sus miradas ante la vida y ella misma en relación con otras, incluida la nuestra en efímero fluir. Por otro lado, el humor, se sabe, además de transgresor, es un buen antídoto ante el drama en exceso que podría inmovilizarnos. Por ello, la risa fresca, gesto frágil por antonomasia, hay que tomarla en serio, y ahora resulta más que oportuna como meta y como salida, para aniquilar el miedo y activarnos después de una larga e intensa sucesión de interrogantes, más si cabe por venir de quien viene. Ante preguntas sin respuesta única, la risa es la liberación. «Solamente se es de verdad libre —escribe María Zambrano— cuando no se pesa sobre nadie; cuando no se humilla a nadie, incluido a sí mismo.»¹⁶ Ser enano, mujer, loco o bufón ya cumplía la función de revitalizar la verdad. Los que nunca mienten se arriesgaban en parte porque no tenían nada que perder al margen de la normalidad, sin figurar en ningún sitio más que en la periferia de los espejos. Hoy sus herederos nos muestran la conciencia de su propia dignidad y dan cuenta de muchos secretos oscuros de la condición humana hasta hacernos reír. Porque reír y hacer reír ayuda a relativizar todo lo anterior y a reavivar su fuego. En los dos últimos semblantes reconocemos el rostro de alguien que lo sabe bien, porque riendo durante toda la vida ha logrado curar las penas creando un clima alegre y conciliador. Este gesto imprevisto puede simbolizar el propio acto de vivir, como para Zambrano supone el acto de pintar, «que implica la obligación para el ojo de trascender la realidad y entenderla. Es el diálogo inmemorial con la luz y las sombras, la necesidad primigenia de descubrir las entrañas de la verdad, de objetivar los sueños, de exorcizar lo cotidiano, de alejar el olvido y de superar la indiferencia»¹⁷. La pintura, así entendida como modo de vida, se enfrenta constantemente a la crónica de su muerte anunciada y en la risa finalmente se revela para poderse mantener en pie ante la adversidad y, en algunos casos, para espantar a sus propios fantasmas.

16. Zambrano, María, *Persona y democracia. La historia sacrificial*. Anthropos: Barcelona, 1992, p. 76.

17. Así responde María Zambrano a la pregunta que ella misma se hace respecto a la pintura. Citada por Rogelio Blanco Martínez en «Razón pictórica», *Archipiélago*, nº 59, Barcelona, 2003, p. 9